

## MAQUIAVELO: RECUENTO CRITICO DE UNA POLEMICA INCONCLUSA

Aníbal Romero  
(2000)

Pocos pensadores políticos han suscitado tan intensa controversia como Nicolás Maquiavelo. Cassirer apunta que de un siglo a otro, casi de generación en generación, encontramos no sólo un cambio, sino una inversión completa en los juicios sobre el autor de *El Príncipe* y los *Discursos*: “La imagen de Maquiavelo, confusa por el amor de unos y el odio de otros, ha cambiado en la historia; y es extremadamente difícil reconocer, detrás de todas esas variaciones, la efigie verdadera del hombre y el tema de sus libros”.<sup>1</sup> Ritter, por su parte, declara que “el enigma de Maquiavelo es inagotable”, y nos recuerda que el pensador florentino tenía conciencia de que su obra presentaba significativas dificultades y contradicciones; pero lejos de considerar estas últimas un problema, las percibía más bien como necesarias y ventajosas, ya que, en palabras del propio Maquiavelo: “así imitamos a la naturaleza, que es variada, y quien la imita no puede ser objeto de reproche”.<sup>2</sup>

La extraordinaria multiplicidad de opiniones prevaleciente entre los intérpretes de Maquiavelo pone de manifiesto la complejidad de su mensaje. Según Pocock, por ejemplo, *El Príncipe* constituye “una de las más grandes exploraciones sobre el tema de la innovación política”<sup>3</sup>; Sabine, sin embargo, considera que el pensamiento de Maquiavelo es “superficial”<sup>4</sup>. Carl Schmitt, por su parte, sostuvo que Maquiavelo “nunca formuló una teoría del Estado”<sup>5</sup>,

---

<sup>1</sup> Ernst Cassirer, **El mito del Estado** (México: FCE, 1968), p. 139

<sup>2</sup> Citado en, Gerhard Ritter, “Maquiavelo y los orígenes del nacionalismo moderno”, en, **El problema ético del poder** (Madrid: Revista de Occidente, 1976), p. 47

<sup>3</sup> J.G.A. Pocock, **The Machiavellian Moment** (Princeton & London: Princeton University Press, 1975), p. 154

<sup>4</sup> George H. Sabine, **Historia de la teoría política** (México: FCE, 1988), p. 264.

<sup>5</sup> Carl Schmitt, **La dictadura** (Madrid: Alianza Editorial, 1985), p. 36

mientras que Ritter piensa que el florentino fue “el primer teórico moderno del Estado”.<sup>6</sup> Strauss y Ritter rinden tributo a la “intrepidez de pensamiento” y “asombrosa agudeza” que a su modo de ver se encuentran en la obra del florentino<sup>7</sup>; esta imagen de un Maquiavelo “racional” contrasta no obstante con los señalamientos de Aron y Wolin, entre otros, acerca de los importantes elementos no racionales en los escritos maquiavélicos, permeados por una atmósfera filosófica que mezcla “la política racional y la creencia astrológica”<sup>8</sup>, una atmósfera plena de “signos ocultos y misteriosos portentos, descifrables por medio de augurios, y hechizada por la imprevisible *Fortuna*”.<sup>9</sup> Es tan sorprendente la proliferación de criterios respecto a Maquiavelo, que hasta topamos con contradicciones en la interpretación de un mismo autor, como ocurre con Augustin Renaudet, quien en su ensayo sobre el florentino afirma, de un lado, que Maquiavelo “no es...un verdadero técnico de la política”, y unas páginas más tarde argumenta que el autor del *Príncipe* fue “ante todo un técnico de la política”.<sup>10</sup>

A qué atribuir semejantes tensiones y paradojas interpretativas? Es posible distinguir entre la obra y la recepción crítica que la misma ha tenido a través de casi cinco siglos? En lo que sigue, procuraré llevar a cabo un recuento analítico de la polémica en torno a Maquiavelo, tomando esta tarea como ocasión para elaborar mis puntos de vista en torno al significado y relevancia de su obra. En este intento, cubriré cinco aspectos principales: En primer lugar, la discusión sobre la naturaleza específica del logro intelectual presuntamente encarnado en los escritos políticos fundamentales del florentino (*El Príncipe* y los *Discursos*). En segundo término, abordaré el debate acerca de las diferencias y tensiones entre esas dos obras, y las implicaciones de las mismas para la cabal comprensión del aporte teórico de Maquiavelo. En tercer lugar, cubriré el tema

---

<sup>6</sup> Ritter, p. 48

<sup>7</sup> Leo Strauss, *Thoughts on Machiavelli* (Chicago & London: The University of Chicago Press, 1978), p. 12; Ritter, p. 71

<sup>8</sup> Raymond Aron, *Machiavel et les tyrannies modernes* (Paris: Editions de Fallois, 1993), p. 61

<sup>9</sup> Sheldon Wolin, *Política y perspectiva* (Buenos Aires: Amorrortu, 1973), p. 227

<sup>10</sup> Augustin Renaudet, *Maquiavelo* (Madrid: Editorial Tecnos, 1965), pp. 144, 155

de la vinculación entre el contexto histórico de la época y los textos maquiavélicos. En cuarto término, discutiré el muy controversial asunto de la relación entre ética y política de acuerdo a Maquiavelo. Por último, en quinto lugar, consideraré algunas de las principales objeciones y observaciones críticas que se han hecho a su obra.

## 1

No resulta fácil hallar un orden dentro el amplio campo de las interpretaciones en torno a Maquiavelo. La confrontación con los trabajos de varios de los más reconocidos estudiosos del florentino, me ha permitido distinguir *nueve* concepciones predominantes sobre la naturaleza específica del logro plasmado en la obra política del autor del *Príncipe* y los *Discursos*. Desde luego, existen algunas conexiones, más o menos importantes según el caso, entre estos criterios analíticos. No obstante, considero útil y legítimo diferenciarles, con propósitos de clarificación y clasificación de las diversas opiniones tratadas.

El primero, y posiblemente más común, entre los puntos de vista acerca del aporte central de Maquiavelo es el que le identifica como creador, en el plano teórico, de un *logos* propio de la política y de su configuración histórica por excelencia: el Estado. De acuerdo con esta línea de análisis, Maquiavelo dió un “salto cualitativo” en el proceso de desvelar “una esfera de la realidad hasta entonces oculta por el ropaje teológico, aristotelico o retórico, pero que ahora se revela en su desnudez tal y como es, como un mundo de hechos dominados por la *necessitá* y no de normas puras o definiciones abstractas.”<sup>11</sup> El mundo político no gira alrededor de Dios y el diablo, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, sino en torno al poder, entendido como la posibilidad real de mandar a los hombres. La

---

<sup>11</sup> Manuel García-Pelayo, **Del mito y de la razón en el pensamiento político** (Madrid: Revista de Occidente, 1968), p. 246, 251

sabiduría, en el terreno político, no consiste pues en otra cosa que en “crear condiciones que pongan a uno en situación de mandar y a otros en situación de obedecer”.<sup>12</sup>

Muy importantes autores comparten esta visión, y reconocen en Maquiavelo una figura protagónica en el proceso de conquistar la denominada “autonomía” de la política, la cual —como lo expresa Benedetto Croce— “tiene leyes ante las que resulta inútil rebelarse y no puede ser exorcizada ni expulsada del mundo con agua bendita”.<sup>13</sup> Según Chabod, lo que hizo Maquiavelo fue decretar “una fractura total entre el ser y el deber ser, entre la exigencia política y la exigencia ética”<sup>14</sup>, sacando a la luz —en palabras de Ritter— “el carácter demoníaco del poder”. Ahora bien, Ritter añade que, en realidad, Maquiavelo no escindió la política de la ética, sino que mostró “que en la esencia de la política lo bueno y lo malo, lo vil y lo noble, la destrucción y la construcción, están unidos entre sí de manera necesaria e indisoluble”.<sup>15</sup> Wolin pone las cosas en perspectiva cuando señala que el gran logro de Maquiavelo se inserta dentro de una de las tendencias fundamentales del Renacimiento: la proliferación de áreas independientes de investigación intelectual, “cada una resuelta a establecer su autonomía, cada una preocupada por elaborar un lenguaje explicativo adecuado para un conjunto particular de fenómenos, y cada una actuando sin la intervención del clero.”<sup>16</sup>

La conquista maquivélica tuvo sus costos. Como indica Cassirer, el autor del *Príncipe* fortaleció la independencia de lo político en general y del Estado en particular, pero al mismo tiempo le aisló: “El afilado cuchillo del pensamiento maquiavelico ha cortado todos los hilos por los cuales el Estado, en generaciones anteriores, estaba atado a la totalidad orgánica de la existencia

---

<sup>12</sup> Ibid., p. 247

<sup>13</sup> Citado en, Miguel Angel Granada, “La filosofía política en el Renacimiento: Maquiavelo y las utopías”, en, V. Camps, ed., **Historia de la ética** (Barcelona: Editorial Crítica, 1988), Vol. I, p. 554

<sup>14</sup> Federico Chabod, **Escritos sobre Maquiavelo** (México: FCE, 1994), p. 237

<sup>15</sup> Ritter, p. 48

<sup>16</sup> Wolin, p. 214

humana. El mundo político ha perdido su conexión no sólo con la religión o la metafísica, sino también con todas las demás formas de la vida ética y cultural del hombre. Se encuentra solo, en un espacio vacío”.<sup>17</sup> Creo que Cassirer lleva las cosas demasiado lejos; sin embargo, apunta hacia una constelación de asuntos que siempre ha intrigado a los intérpretes del florentino, y que será objeto de nuestra oportuna consideración más adelante. Me refiero a los temas de la relación entre moral y política y sobre la naturaleza peculiar de la ética política.

A diferencia de estos autores, que recalcan la división maquiavélica entre política, de un lado, y moral, teología y metafísica del otro, Isaiah Berlin suministra una interpretación alternativa, según la cual el logro del florentino no consistió en distinguir los valores específicamente morales de los valores específicamente políticos, sino en diferenciar dos ideales de vida incompatibles: el ideal de vida pagano y el ideal cristiano.<sup>18</sup> El primero se sustenta en el coraje, la fuerza, la reivindicación del derecho propio y del poder necesario para imponerlo; el segundo, por el contrario, se basa en concepciones como la caridad, la misericordia, el perdón a los enemigos y la valoración suprema de la salvación del alma individual, muy por encima de cualquier objetivo terrenal o virtud cívica en el sentido antiguo del término. Dicho en otras palabras, la gran originalidad de Maquiavelo consistió en predicar el paganismo “más de mil años después del triunfo del cristianismo”; hacerlo así implicó el “fin de la inocencia” y nos obligó a elegir.<sup>19</sup> Posiblemente allí se encuentre una de las claves que explican porqué Maquiavelo resulta tan incómodo a nuestras conciencias, cultivadas —nos guste o no— en el clima moral que dos mil años de cristiandad han impuesto sobre nuestra civilización.

---

<sup>17</sup> Cassirer, p. 166

<sup>18</sup> Isaiah Berlin, “The Originality of Machiavelli”, en, **Against the Current** (Oxford: Oxford University Press, 1981), pp. 44-45

<sup>19</sup> Ibid., p. 63

Si bien la perspectiva de Berlin es interesante, a mi modo de ver no descalifica las interpretaciones de Croce, Chabod, y Wolin, entre otros, pues me parece claro que Maquiavelo sí llevó a cabo una profunda escisión entre la moral cristiana predominante y el ámbito de lo político, separando terrenos que una larga tradición teórica había procurado fusionar. En tal sentido, Maquiavelo se empeñó en poner de manifiesto que la moral (cristiana), con no poca frecuencia se convierte en un obstáculo en el plano político, pero de ninguna manera pretendió con ello argumentar que el mal se convierte en algo “bueno” cuando roza la materia política. Expresado ésto en otros términos, Maquiavelo no formuló “ninguna jerarquización entre ética y política que haga del mal y del crimen un bien o establezca una especie de suspensión provisional de la moral en aras de la bondad última del fin propuesto; mal y crimen son lo que son y de hecho no hay mixtificación posible”.<sup>20</sup>

Pienso que el aporte que hace Berlin se hace más fructífero si le orientamos a destacar que Maquiavelo, al tiempo que libera la política de las aspiraciones de trascendencia propias de la moral cristiana, la “mueve” hacia los ideales éticos del mundo pagano antiguo, primordialmente de la república romana, abriendo así el camino para una completa reconsideración del tema de la relación entre ética y política, a la reconstrucción de un propósito moral, pero no necesariamente *cristiano*, para la política. Este punto, como veremos posteriormente, forma parte esencial del debate sobre ética y política en el pensamiento del florentino. Lo que está en juego puede articularse así: es necesario suponer, en el marco de la cosmovisión maquiavélica, que la política ya no puede enjuiciarse desde un punto de vista que la trascienda, sino únicamente desde su propia lógica interna de adecuación medios-fines?<sup>21</sup> O alternativamente, preserva Maquiavelo una perspectiva “moral” (no-cristiana) desde la cual juzgar la acción política y su resultado?

---

<sup>20</sup> Granada, p. 555

<sup>21</sup> Véase, Concha Roldán, “Maquiavelo y Leibniz: Dos conceptos de acción política”, en, Roberto Aramayo y J. L. Villacañas, eds., **La herencia de Maquiavelo** (Madrid: FCE de España, 1999), pp. 188-189

Esa discusión deberá esperar, por los momentos. Toca ahora dar cuenta de una tercera versión acerca del logro intelectual de Maquiavelo: aquella que sostiene que se trata, de manera relevante, una cuestión de *método*. Así lo sugiere Aron, argumentando que un aporte fundamental del florentino se encuentra en su férrea voluntad de asirse a la realidad de las cosas, mirar los hechos con crudeza y guiar la acción con base a una apreciación carente de ilusiones sobre los seres humanos y lo que somos capaces de hacer.<sup>22</sup> Tendemos a engañarnos, a dejarnos dominar por nuestras pasiones, a urdir ideales utópicos carentes de sostén en la realidad. Como dice en su *Príncipe*, “los hombres juzgan más con los ojos que por los demás sentidos, y pudiendo ver todos, pocos comprenden bien lo que ven”.<sup>23</sup> Por una parte, permitimos que nuestros deseos y enfoques sobre las cosas se impongan y distorsionen nuestra perspectiva; y por otra parte caemos con facilidad en el engaño que otros conciben para manipularnos, pues “los hombres son tan cándidos y tan sumisos a las necesidades del momento que, quien engañe, encontrará siempre quien se deje engañar”.<sup>24</sup>

Ciertamente, el “metodo” de Maquiavelo constituye en no poca medida una especie de admonición, de advertencia, de recomendación dirigida a “centrarnos” e impedir que ascendamos sin controles a los espacios fantasiosos que tanto nos atraen. En términos más específicos, aparte de insistir en sus obras acerca de la importancia de estudiar la historia y aprender de ella, el pensador florentino coloca el acento sobre el papel de la *apariencia* en política: apariencia de poder, prestigio, riquezas, y promesas. La mayoría de los hombres, escribe en los *Discursos*, “se sienten tan satisfechos con lo que parece como con lo que es, y muchas veces se mueven más por las cosas aparentes

---

<sup>22</sup> Aron, pp. 62-63

<sup>23</sup> Nicolás Maquiavelo, **El Príncipe** (Madrid-San Juan: Revista de Occidente y Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955), p. 373

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 371

que por las que realmente existen”.<sup>25</sup> Esto inquieta al florentino, cuya “nueva ciencia” es asumida como una especie de cruzada destinada a disipar las ilusiones. El “método” maquiavélico tiene por tanto una función desenmascaradora, según la cual —dice Wolin— “el conocimiento político permitiría a los hombres atravesar la masa de distorsiones que impedían evaluar con exactitud situaciones particulares; distorsiones como las que eran producto de prejuicios (y) falsas esperanzas...”<sup>26</sup> La segunda función del nuevo método consiste en entrenarnos en el difícil y útil arte de crear ilusiones: “Mediante diversas técnicas —lisonjas, una demostración engañosa de fuerza o debilidad, falsa información, fintas, etc.— era posible crear un mundo falso que el oponente aceptaría como real”.<sup>27</sup>

La visión del método maquiaveliano, y en general de su “ciencia” toda como una *técnica* es una de las más difundidas entre los intérpretes de su pensamiento. Cabe aclarar, no obstante, que el juicio según el cual lo que el florentino propone es una “técnica de conservación y ampliación del poder político”<sup>28</sup> tiene primordialmente que ver con los contenidos del *Príncipe*, y en menor medida con los *Discursos*. Schmitt señala que este interés esencialmente técnico era característico del Renacimiento, a consecuencia del cual incluso los grandes artistas de la época “buscaban resolver en su arte más bien los problemas técnicos que los problemas estéticos”.<sup>29</sup> Según Schmitt, de esta “tecnicidad” absoluta de la obra maquiavélica se deriva una completa indiferencia frente al ulterior fin político:

---

<sup>25</sup> Nicolás Maquiavelo, **Discursos sobre la primera década de Tito Livio** (Madrid: Alianza Editorial, 1987), p. 97

<sup>26</sup> Wolin, p. 230

<sup>27</sup> Ibid.

<sup>28</sup> García-Pelayo, p. 277. Sobre este punto coinciden —entre otros— Wolin, pp. 218, 225; Cassirer, p. 181; Renaudet, pp. 13, 134-5; y Aron, p. 61

<sup>29</sup> Schmitt, p. 39. García-Pelayo precisa la cuestión en estos términos: “...quizá no encontremos todavía en Maquiavelo una técnica objetiva, una técnica en el sentido moderno de la palabra, sino más bien ese territorio todavía intermedio entre el arte y la técnica, o entre la técnica medieval y la moderna, ya que en su pensamiento tienen tan decisivo papel la *virtú* concreta del príncipe o artista del Estado y el factor irracional de la *fortuna*, solo relativamente neutralizado por esa *virtú*, por esas cualidades personales, aunque, desde luego, en Maquiavelo están ya dadas las condiciones para un saber político de naturaleza técnica en el sentido moderno de la palabra”, ob. cit., p. 272



“...del mismo modo que un ingeniero puede sentir un interés técnico por la fabricación de una cosa, sin que tenga que sentir el menor interés propio por el ulterior fin a que esté destinada la cosa a fabricar. Lo que se plantea como problema es algún resultado político...La organización política del poder y la técnica de su conservación y su ampliación es diferente en las distintas formas estatales, pero siempre es algo que puede ser realizado de una manera técnica objetiva...”<sup>30</sup>

Es ésta una caracterización adecuada de lo que plantea Maquiavelo? Aún limitándonos estrictamente a lo que dice en el *Príncipe*, pienso que el análisis de Schmitt sobre este punto es excesivamente simplificador. No cabe duda que en el florentino predomina un tratamiento técnico del problema del poder, pero su pensamiento —tanto en el *Príncipe*<sup>31</sup> como en los *Discursos*—, pone también de manifiesto una significativa estimación de la *virtú* del gobierno. El pensamiento maquiavélico no puede reducirse a la escueta y distorsionadora fórmula de acuerdo con la cual “el fin justifica los medios”, entendida como una “patente de corso” del político,<sup>32</sup> pues el florentino jamás pierde de vista el peligroso destino que aguarda a los “enemigos de la virtud”: “Sepan, pues, los príncipes, que empiezan a perder la corona en el mismo instante en que comienzan a transgredir las leyes y las normas antiguas, bajo las cuales han vivido los hombres largo tiempo”.<sup>33</sup> La “autonomía” radical de la política, vista como un instrumento que todo lo excluye excepto el disfrute del poder personal, es una receta para el fracaso. De allí que Bilbeny acierta, creo, cuando afirma que: “Sólo vale para Maquiavelo el fin que corresponde a *mantenere lo Stato*, es decir, el orden y unidad del poder, no un poder corrupto que se quiera conservar a cualquier precio”.<sup>34</sup>

---

<sup>30</sup> Ibid.

<sup>31</sup> Maquiavelo, *El Príncipe*, pp. 275, 286

<sup>32</sup> Véase, Norbert Bilbeny, “Fines y medios del Estado en la teoría política contemporánea”, en Aramayo y Villacañas, eds., ob. cit., p. 280

<sup>33</sup> Maquiavelo, *Discursos*, pp. 59, 301

<sup>34</sup> Bilbeny, p. 279

La naturaleza del logro maquiaveliano ha sido también evaluada como esencialmente psicológica: la novedad no estuvo de modo principal en lo que dijo, sino en el hecho de haberse atrevido a decirlo, mostrando abierta y francamente “cómo se comportan los hombres, no cómo se deben comportar”.<sup>35</sup> Antes de que Maquiavelo irrumpiese en la conciencia moderna con su *Príncipe*, era sabido que la política práctica no se hallaba exenta de perversidad y traición; no obstante, “ningún pensador antes de Maquiavelo se había propuesto enseñar el arte de esos crímenes. Esas cosas se hacían, pero no se enseñaban”.<sup>36</sup> Con su voluntad de *correr el velo* que ocultaba en buena medida su objeto de estudio, el florentino conquistó un territorio previamente vedado por una inmensa y poderosa muralla de hipocresía y prejuicios, desvelando sin trabas crueles verdades. La operación intelectual de Maquiavelo fue, así, “casi sacrílega”<sup>37</sup>, debido a su impacto psicológico, orientado a desmontar toda una tradición de enmascaramiento.

## 2

Considerados ya los enfoques que enfatizan como logro fundamental de Maquiavelo la autonomía de la política, la distinción entre los ideales pagano y cristiano, la creación de un nuevo método de análisis, la articulación de una técnica del poder, y la conquista de un más amplio espacio psicológico para la comprensión de la realidad, cabe ahora destacar el aporte de Antonio Gramsci como intérprete del florentino.

La argumentación de Gramsci es brillante y persuasiva. A su modo de ver, lo que da al *Príncipe* su originalidad y su fuerza es su carácter de “libro viviente”, de encarnación o ejemplificación histórica de lo que Sorel llamaba un

---

<sup>35</sup> Francis Bacon, citado en, Roldán, p. 190

<sup>36</sup> Cassirer, p. 178

“mito”, es decir, una ideología política que no se presenta como una abstracta utopía sino como fantasía concreta, “que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva”.<sup>38</sup> En otras palabras, según Gramsci el logro primordial del pensador florentino es político-práctico, pues si bien ese príncipe o *condottiero* ideal no existía en la realidad histórica italiana de su tiempo, Maquiavelo logra sin embargo darle forma a través de los elementos “pasionales y míticos” de la obra, invocando a un conductor “realmente existente”. El logro de ese libro en particular, expresado en otros términos, consiste en delinear “cómo debe ser el Príncipe para conducir un pueblo a la fundación de un nuevo Estado”, y el proceso de formulación de ese programa para la acción política fundacional es desarrollado por Maquiavelo “con rigor lógico y desapego científico”.<sup>39</sup>

La versión gramsciana del valor del *Príncipe* rescata la importancia y significado del capítulo final del volumen, de esa “Exhortación para librar a Italia de los bárbaros”, que ha intrigado y confundido a tantos intérpretes de la obra, y en la que Maquiavelo deja de lado la controlada crudeza y frío realismo de su estilo para rogar a Dios que envíe, a su “desdichada Italia”, un jefe “capaz de redimirla de la insolencia de los bárbaros”.<sup>40</sup> Gramsci tuvo la sensibilidad y perspicacia para apreciar en su justa dimensión ese aspecto clave del florentino: su vocación política y su compromiso personal con una causa, sosteniendo que:

“...Maquiavelo mismo se vuelve pueblo, se confunde con el pueblo, mas no con un pueblo concebido en forma ‘genérica’, sino con el pueblo que previamente ha convencido con su libro, del cual procede y se siente conciencia y expresión, y con el que se identifica totalmente. Parece como si todo el trabajo ‘lógico’ no fuera otra cosa que una autoreflexión del pueblo, un razonamiento interno, que se hace en la conciencia

---

<sup>37</sup> García-Pelayo, p. 301

<sup>38</sup> Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno* (México: Juan Pablos Editor, 1975), p. 26

<sup>39</sup> Ibid.

popular y que concluye con un grito apasionado, inmediato. La pasión...se transforma en 'afecto', fiebre, fanatismo de acción. He aquí por qué el epílogo de *El Príncipe* no es 'extrínseco', 'añadido' desde afuera, retórico, sino que por el contrario debe ser entendido como un elemento necesario de la obra o mejor, como el elemento que ilumina toda la obra y que aparece como su 'manifiesto político'.<sup>41</sup>

El estilo de Maquiavelo, insiste Gramsci, no es el de un tratadista sistemático como los del medioevo, sino el de un hombre que aspira impulsar la acción política concreta; su obra tiene, además, un propósito educativo: el florentino desea persuadir al pueblo, a la nación italiana, a la "democracia ciudadana" de la necesidad de tener un jefe "que sepa lo que quiere y cómo obtener lo que quiere y de aceptarlo con entusiasmo, aun cuando sus acciones puedan estar o parecer en contradicción con la ideología difundida en la época, la religión".<sup>42</sup> Esa educación política no tenía el sentido negativo de crear "odiadores de tiranos", sino uno positivo, dirigido a reconocer determinados medios como necesarios, porque se aspira conquistar determinados fines. Si el pueblo italiano quería lograr el fin de expulsar al invasor extranjero y establecer la unidad nacional, sólo tenía una opción política, la realista, y por lo tanto "era imprescindible estrechar filas a su alrededor y obedecer al príncipe que emplea tales métodos, pues sólo quien desea el fin desea también los medios idóneos para lograrlo".<sup>43</sup>

En síntesis, de acuerdo con Gramsci, el logro fundamental de Maquiavelo estuvo en articular una "filosofía de la praxis" política, que sirvió de expresión a las corrientes históricas que en su tiempo pugnaban por conformar la unidad italiana, y a un Estado capaz de dar respuesta a los desafíos de la nueva etapa histórica, absolutista y nacionalista, que nacía en Europa.

---

<sup>40</sup> Maquiavelo, *El Príncipe*, p. 456

<sup>41</sup> Gramsci, p. 26

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 33

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 150

La interpretación gramsciana intenta equilibrar los aspectos individualistas, centrados en la misión del *condottiero*, con el contexto colectivo de su acción, sustentada en el apoyo popular. En un orden de ideas hasta cierto punto similar, Rafael del Aguila desarrolla una perspectiva de gran interés analítico, que contribuye a resaltar otras dimensiones del logro maquiaveliano. Del Aguila comienza por señalar que para buen número de sus intérpretes, el pensador florentino llevó a cabo una profunda transformación del saber político, a través de la elaboración de un modelo científico y estratégico de la acción. Según ese modelo, al que se ajustan las interpretaciones de Maquiavelo como un “técnico” de la política, lo importante es el cómo de la acción, independientemente del fin que se busque. Del Aguila apunta que este modelo estratégico está vinculado a tres “reducciones” paralelas: la del individuo a mónada; la de la política a poder; y la del poder a las estrategias de obediencia.<sup>44</sup>

La primera reducción choca de frente contra toda la tradición clásica y medieval, en las que el individuo se hallaba íntimamente ligado a la polis. De acuerdo al nuevo modelo, el individuo está aislado y esa separación del resto se constituye en elemento definitorio de su libertad. La segunda reducción considera la política como un conjunto de fuerzas en tensión, éticamente arbitrarias, y focalizadas en la conquista y mantenimiento del poder. Por último, el modelo reduce el poder a una serie de estrategias dirigidas a asegurar el mando propio y la obediencia de los demás. El eje individualista de la teoría se centra en el “hombre sin amo”, según la atinada frase de Sabine<sup>45</sup>, y responde a una determinada interpretación del universo cultural renacentista, plasmada — entre otros autores— por Burckhardt, en su conocida obra sobre el tema. Allí, el gran historiador suizo presenta su tesis de la conversión del hombre en *individuo* durante el Renacimiento, un “hombre universalmente polifacético”, seguro de sí

---

<sup>44</sup> Rafael del Aguila, “Modelos y estrategias del poder en Maquiavelo”, en, Aramayo y Villacañas, eds., ob. cit., pp.209-2111

mismo y de su lugar en el mundo, desvinculado de las antiguas tradiciones, carente de frenos y sin arraigo, ansioso de celebridad y gloria, y por encima de todo, hondamente egoísta.<sup>46</sup>

Del Aguila admite que el modelo estratégico está reflejado en la obra del pensador florentino, en particular mediante la figura del “príncipe nuevo”; al mismo tiempo, no obstante, puede constatarse en Maquiavelo una segunda fuente de inspiración y elaboración teórica, enraizada en el estudio de los clásicos, y orientada hacia la preservación de fundamentales tradiciones republicanas:

“Si el modelo estratégico...fuera el núcleo de la enseñanza maquiaveliana, sería de esperar que los súbditos, los ciudadanos...fueran tratados...únicamente desde la perspectiva de la obediencia, la maleabilidad y la pasividad. Es cierto que hay momentos en que nuestro autor parece inclinarse hacia esa perspectiva...Pero no lo es menos que la comunidad de sujetos virtuosos de la que Maquiavelo nos habla es aquella capaz de mantener un *vivere civile e libero*, esto es, aquella capaz de generar *virtú* a través de la pluralidad, la competición y el conflicto”.<sup>47</sup>

El segundo modelo, de “razones colectivas”, ya no se basa en el “hombre sin amo” o “sujeto desatado” burckhardtiano, sino en la disciplina cívica comunalmente definida y presente en una visión alternativa de la realidad del hombre en el Renacimiento. De acuerdo con esta visión, articulada, por ejemplo,

---

<sup>45</sup> Sabine, p. 253

<sup>46</sup> Véase, Jacobo Burckhardt, **La cultura del Renacimiento en Italia** (Madrid: Ediciones Akal, 1992), pp. 141-169. Agnes Heller, sigue a Burckhardt en lo esencial, en su excelente libro, **El hombre del Renacimiento** (Barcelona: Ediciones Península, 1994), pp.14-16, 81-84 Cabe sin embargo destacar que Burckhardt aprecia claramente que el Renacimiento fue una época de flujo constante en las relaciones humanas y el marco histórico de las mismas. Su “hombre sin amo”, por tanto, actuaba en un contexto cambiante, y su seguridad no podía en todo caso ser total. Véase, en su obra citada, p. 411

<sup>47</sup> Del Aguila, p. 222

por Fromm y Elias<sup>48</sup>, la desintegración de los lazos que unían a los individuos con sus papeles sociales no enfrentó al hombre con la libertad, sino con el miedo y la inseguridad. Paralelamente, el Estado moderno dió inicio a la “expropiación” paulatina del conjunto de poderes sociales y políticos anteriormente dispersos bajo el policentrismo del medioevo. La combinación de estos procesos ciertamente acrecentó la posibilidad estratégica de cálculo político, mas a la vez impulsó a los sujetos a aumentar su autocontrol, modular sus pasiones, apegarse a normas capaces de brindarles mayor dominio sobre sí mismos y en consecuencia sobre el inestable y fragmentado mundo que les rodeaba:

“El resultado de la ruptura con los valores tradicionales sería, pues, un aumento del autocontrol y de la autodisciplina...Y si esto es correcto, nada queda del sujeto indiferenciado, aislado, arbitrario y reversible del modelo estratégico. En su lugar empieza a hacerse explícita la aparición en la obra de Maquiavelo de un sujeto disciplinado, normado y regulado, capaz de acción política”.<sup>49</sup>

Creo un tanto exagerado afirmar que ese sujeto inicial, plenamente individualista, “desaparece” del campo de visión maquiaveliano; no obstante, Del Aguila tiene el mérito de resaltar la indudable presencia de otro “modelo” teórico en el florentino, que coexiste con el anterior y entra en tensión con éste; un modelo sustentado en una multiplicidad de sujetos “virtuosos” actuando conflictivamente de manera políticamente *creativa*.<sup>50</sup> En el marco de este modelo queda minimizada la tendencia a dar primacía a un punto de vista único (el del sujeto indiferenciado) y a un fin arbitrario cualquiera, rescatando la posibilidad de dirimir los conflictos políticos dentro de esquemas institucionales y pluralistas.

---

<sup>48</sup> Véase, Erich Fromm, **El miedo a la libertad** (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1974), pp. 62-86; Norbert Elias, **El proceso de la civilización** (México: FCE, 1994), pp. 115-253

<sup>49</sup> Del Aguila, p. 223

<sup>50</sup> Véase, Maquiavelo, **Discursos**, pp. 44-48

En una línea interpretativa muy semejante se ubica un lúcido ensayo de Dolf Sternberger, quien comienza por preguntarse si el objeto de estudio con el que se enfrasca Maquiavelo en *El Príncipe* es “la política” en algún sentido, si tiene derecho a llevar ese nombre y legitimidad para ser incluido en el ámbito de la *scienza politica* o la *filosofia della politica*. En ese orden de ideas, el autor señala, para sorpresa de muchos, que el propio Maquiavelo “no habló de política; nunca utilizó esta palabra cuando quería expresar qué tipo de ciencia, de teoría o de recomendación quería exponer y qué género de fenómenos o formas de comportamiento se había propuesto describir”.<sup>51</sup> De hecho, los términos “política” y “político”, como sustantivo o adjetivo, no se encuentran una sola vez en *El Príncipe*, a diferencia de los *Discursos* donde la palabra aparece cuatro veces, siempre como atributo y en relación al sustantivo *vivere*, es decir, el *vivir político* o *existencia política*. Sternberger muestra que Maquiavelo contrapone ese *vivere politico* a la *potestá assoluta*, es decir, a la tiranía, y distingue el *regimen politicum* del *regimen despoticum*. Dicho de otra manera, Maquiavelo restringe el uso del *vivere politico* a los ordenamientos de vida constitucionales o civiles, en el sentido aristotélico: “De acuerdo con sus propios conceptos, el *Príncipe* no tenía nada que ver con lo político. Tan poco como, según los conceptos de Aristóteles, la *tyrannis* tenía que ver con la *politeia*”.<sup>52</sup>

El logro primordial de Maquiavelo —tal y como el propio pensador florentino lo expresó en una carta a su amigo Francesco Vettori en 1513— se centró entonces en desarrollar “el estudio del arte del Estado”<sup>53</sup>; así se denomina, argumenta Sternberger, la disciplina a la que pertenecen sus observaciones sobre las acciones de los grandes hombres de la antigüedad y del presente, las discusiones en torno a medidas adoptadas por los príncipes en su lucha por el poder, y las reglas que de ello pueden derivarse; es decir, el

---

<sup>51</sup> Dolf Sternberger, “Maquiavelo, maquiavelismo y política”, en *Dominación y acuerdo* (Barcelona: Editorial Gedisa, 1992), p. 79

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 84

<sup>53</sup> Nicolás Maquiavelo, *Epistolario 1512-1527* (México: FCE, 1990), p. 139



estudio de la artesanía estatal. Esa disciplina es diferente de la *scienza politica* o *filosofía política*, la cual —y según el todavía prevaleciente esquema aristotélico—, se ocupa de las formas de Estado, constituciones y tipos de gobierno. El “arte del Estado”, como arte de la dominación, es una técnica, una *techne* más que un *episteme*, y *El Príncipe*, del mismo modo que el *Arte de la guerra* de Maquiavelo, fue escrito para ordenar conceptualmente esa técnica. Ahora bien, al desarrollar esa técnica, el pensador florentino se cuidó de distinguirla de la “política”, entendida como *vivere político*, a pesar de que en nuestro tiempo se haya prácticamente invertido el sentido de estos conceptos, y hoy día estemos acostumbrados, no tan sólo a asumir que “política” es justamente el arte de la dominación, sino también —y aún más paradójicamente— a atribuir al florentino un papel de primer orden en la creación de esa política “pura”!<sup>54</sup>

Por último, quiero destacar la importante observación de Pocock de acuerdo con la cual la originalidad de Maquiavelo reside en su análisis de una “política deslegitimada”.<sup>55</sup> Esto se aplica fundamentalmente a algunos capítulos del *Príncipe*, donde Maquiavelo desarrolla su “nueva ciencia” como una alternativa al antiguo principio de legitimidad, prometiendo que: “Bien observadas las precedentes reglas, harán que un príncipe nuevo reine en sus estados con tanta seguridad como si los tuviese por herencia...”<sup>56</sup> La nueva ciencia, por tanto, reflejaba una era de extrema movilidad social, un tiempo en el que “todos los conceptos relativos a las relaciones humanas se vuelven dinámicos”, y la elección del propio destino “es sinónimo de *posibilidad infinita*”.<sup>57</sup> Maquiavelo sirvió entonces a los nuevos hombres “que se precipitaban en procura de poder, posición social y gloria”, y su arte funcionaba

---

<sup>54</sup> Ibid., 88

<sup>55</sup> Pocock, p. 163

<sup>56</sup> Maquiavelo, *El Príncipe*, p. 439, 245-6, 252-3; véase, Wolin, p. 216

<sup>57</sup> Heller, pp. 14-15

como gran nivelador, “elevando la posición comparativa de quienes enfrentaban con su capacidad el derecho hereditario”.<sup>58</sup>

### 3

Qué conclusión podemos extraer de tan variadas opiniones sobre el logro esencial de Maquiavelo? La más importante, a mi modo de ver, es que resulta estéril reducir ese logro a un aspecto singular, pues en realidad la obra del florentino contiene una amplia riqueza de matices, conquistas y derivaciones intelectuales. Por otra parte, no es legítimo pretender, casi que por la fuerza, que existe en Maquiavelo una coherencia absoluta que en verdad no está allí. Su obra no es un “sistema cerrado” y revela tensiones y contradicciones que es imposible ocultar. La “mitología de la coherencia” de que habla Skinner<sup>59</sup> es particularmente engañosa en el caso de Maquiavelo, quien fue radicalmente un hombre de su tiempo —una época fluída y de transición— y sobre quien con justicia Burckhardt se refirió en estos términos:

“...entre todos los que afirmaban ser capaces de construir un Estado, Maquiavelo es, sin comparación, el más grande, pues siempre concibe las fuerzas disponibles como vivas y activas, sopesando las alternativas amplia y acertadamente y no buscando ni engañar a los otros ni a sí mismo...Pero el peligro que corren sus ideas no reside en una falsa genialidad o en su falsa exposición, sino en su poderosa fantasía, a la que sólo con gran esfuerzo consigue mantener a raya”.<sup>60</sup>

La anterior me parece una correcta y lúcida apreciación de la naturaleza de un pensamiento, a ratos enigmático y en ocasiones inasible, que no se deja

---

<sup>58</sup> Wolin, 216

<sup>59</sup> Quentin Skinner, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, en James Tully, ed., **Meaning and Context. Quentin Skinner and his Critics** (Princeton: Princeton University Press, 1988), pp. 38-43

<sup>60</sup> Burckhardt, p. 106

aprisionar por prefabricadas camisas de fuerza. Esta complejidad preocupa a no pocos intérpretes, que buscan a toda costa minimizar las tensiones entre *El Príncipe* y los *Discursos*, afirmando por ejemplo que el primero “sólo representa el trabajo de algunos meses, dedicados al estudio de una hipótesis ilusoria”; en cambio, los *Discursos* “expresan el pensamiento que sostuvo verdaderamente hasta su muerte”.<sup>61</sup> Semejante aseveración, aparte de aventurada, es al menos parcialmente desmentida por las reiteradas referencias aprobatorias que hace Maquiavelo en los *Discursos* con respecto al *Príncipe*,<sup>62</sup> referencias que sugieren que el autor colocaba ambas obras en un mismo plano teórico, aunque enfocado desde ángulos diversos. En tal sentido, considero acertada la posición de Strauss cuando sostiene que no tenemos razones para asumir de manera dogmática que el punto de vista “verdadero” de Maquiavelo es el de los *Discursos*, y no el del *Príncipe*.<sup>63</sup>

La lectura de ambas obras me ha hecho advertir tanto significativas similitudes como notorias tensiones, que con facilidad saltan a la vista. Pienso equilibrado decir, como Heller, que los *Discursos* conforman una obra histórico-filosófica, con especial énfasis en las cuestiones del conocimiento y práctica políticos, en tanto que *El Príncipe* se focaliza sobre la técnica política y sus repercusiones sobre la moral y la manipulación.<sup>64</sup> Tal vez la diferencia más notable entre estas obras se encuentra en la actitud del autor hacia el pueblo. En los *Discursos* nos dice que “un pueblo es más prudente, más estable y tiene mejor juicio que un príncipe”, y “muchas más veces se equivoca un príncipe cegado por sus pasiones, que son mucho más abundantes que las del pueblo”;<sup>65</sup> sin embargo, en *El Príncipe* cambia marcadamente el tono,<sup>66</sup> y el florentino adopta la postura del técnico del poder que observa a la gente como una mera arcilla, a ser manipulada y moldeada de acuerdo a sus deseos y

---

<sup>61</sup> Renaudet, p. 200

<sup>62</sup> Maquiavelo, *Discursos*, pp. 245, 409, 412

<sup>63</sup> Strauss, p. 29

<sup>64</sup> Heller, p. 360. Véase también, Strauss, pp. 132-134

<sup>65</sup> Maquiavelo, *Discursos*, pp. 169-170

<sup>66</sup> Maquiavelo, *El Príncipe*, pp. 259, 436

propósitos. Ahora bien, en ambos textos se percibe un mismo eje conductor: la visión de una *patria* unida, poderosa, moralmente regenerada y victoriosa, salvada bien sea por la *virtú* de un hombre o del conjunto de los ciudadanos.<sup>67</sup> Como dice Chabod, entre ambas obras existe una importante continuidad lógica, aunque el Estado que se refleja en los *Discursos*, no tiene el carácter antropomórfico que adopta en *El Príncipe*.<sup>68</sup>

Parece, pues, lo más acertado admitir tanto las tensiones como las continuidades entre obras que recogen la sabiduría de un autor tan lleno de paradojas y contradicciones como su propio tiempo, y más bien que plantear la existencia de “dos planos” en el pensamiento del florentino —el de “político positivo” y el de “poeta visionario”—,<sup>69</sup> cabe reconocer que *El Príncipe* y los *Discursos* encarnan propósitos y perspectivas diversas, asumidos por un autor que contempla la vida colectiva con una sorprendente mezcla de frialdad y pasión.

En gran medida, la obra de Maquiavelo puede entenderse como un denodado esfuerzo para colocar a Italia a la altura evolutiva de Francia como Estado nuevo.<sup>70</sup> Intérpretes como Vivanti han considerado los *Discursos* como un manifiesto político dirigido a refundar la república italiana<sup>71</sup>, mas éste es un señalamiento que también puede aplicarse al muy explícito capítulo final del *Príncipe*. Lo cierto es que la Francia de la época se erguía como una fuerza transformadora y avasallante, dotada del formidable instrumento de un “Estado nuevo”, centralizado y absolutista, que exigía de sus vecinos medidas extraordinarias de resistencia. Pero Italia carecía de las necesarias fuerzas espirituales: “Una gran tradición, un alma grande para el Estado, era algo que el

---

<sup>67</sup> Berlin, p. 56

<sup>68</sup> Chabod, p. 223

<sup>69</sup> Renaudet, p. 274

<sup>70</sup> J.L. Villacañas B., “Excepcionalidad y modernidad: *Príncipe nuevo y vivere politico*”, en, Aramayo y Villacañas, ob. cit., p. 42

<sup>71</sup> Citado en, *ibid.*, p. 19

medievo italiano no había podido ofrecer...(no existía) ningún recuerdo con estirpe que recogiera en sí la emoción del pueblo...”<sup>72</sup>

Sobre este último punto, es decir, sobre el acierto del diagnóstico que el florentino llevó a cabo en torno la situación que entonces enfrentaba Italia, hay un acuerdo fundamental entre los analistas de su pensamiento. No obstante, se presenta una interesante y esclarecedora diferencia entre, por ejemplo, Chabod y Villacañas, con relación a los remedios propuestos por Maquiavelo. Según el primero, luego de constatar las limitaciones de la fragmentada sociedad italiana de su tiempo para enfrentar el reto planteado por el poderoso Estado francés, Maquiavelo buscó una figura individual redentora, como expresión de virtud singular y distante de la masa —a la que, presuntamente, situaba fuera de la reconstrucción del Estado—reduciendo la energía política creadora al empeño del *condottiero* solitario. Se trataba, pues, de un gesto de desconfianza en el pueblo, ya implícito en la exaltación del príncipe y en la pretensión de depositar el futuro en manos de un redentor.<sup>73</sup> *El Príncipe*, escribe Heller —y en ello sigue a Chabod— constituyó un “desesperado grito de socorro, una llamada a los personajes, cuyos prototipos acaso hayan existido, mas carentes de grandeza”.<sup>74</sup> El error, sin embargo, estuvo en creer que un hombre aislado podría ser capaz de construir en el vacío, que serían suficientes los actos de una voluntad singular “para mantener en pie, incluso para reconstruir, lo que tenía que derrumbarse por la propia necesidad de las cosas, por la justa conclusión de una vicisitud histórica”. Tal aspiración era “un sueño bello, audaz, formidable, pero sueño al fin”.<sup>75</sup>

Con referencia a este aspecto, la interpretación de Villacañas es más sutil y original. A su modo de ver, la imagen de Maquiavelo como técnico es el síntoma más preciso de su fracaso como teórico político, fracaso enraizado a su

---

<sup>72</sup> Chabod, p. 57

<sup>73</sup> Ibid., pp. 79, 91, 98

<sup>74</sup> Heller, p. 349. Véase también, Renaudet, p. 274; Strauss, pp. 67-68; Sabine, p. 257

<sup>75</sup> Chabod, p. 93

vez en su voluntad de “reconducir el fenómeno nuevo del Estado a categorías antiguas”. El pensador florentino, acosado por el desafío del moderno Estado francés, se dió a la tarea de entenderlo reconduciéndolo a su viejo sueño republicano, operación que no podía sino desembocar en una decepción:

“Mientras que en los *Discursos* se recopila el saber tradicional de los secretarios florentinos, acumulado en dos siglos de política republicana, en *El Príncipe* este saber del Estado...se pone selectivamente al servicio de una figura que, por sí misma, denuncia el oportunismo de las épocas de transición: al servicio de un príncipe nuevo capaz de construir en Italia un Estado moderno como el francés. En esta contradicción se espera...que lo que no pudo realizar una ciudad que jamás logró ser una república potente, pueda lograrlo la figura, asistida por el antiguo saber, de un príncipe nuevo”.<sup>76</sup>

Semejante intento, sostiene Villacañas, era “históricamente imposible”; Maquiavelo, expulsado del universo de la política práctica, hacía frente a las realidades del presente bajo la perspectiva —propia de un humanista— de los valores y lecciones de los antiguos. En la síntesis que emerge de su vocación política, de su ideal nacional, y de sus valores republicanos, domina la visión del ciudadano activo, del conductor virtuoso “que pone en acto los valores antiguos”, por encima del moderno técnico del Estado. Ciertamente, la excepcionalidad de los tiempos reclamaba la fijación técnica del *Príncipe*, pero ello no nos autoriza a proyectar sobre Maquiavelo la comprensión actual de la técnica como mero *medio*. Debemos, más bien, entenderla —en el caso del florentino— como “medio indisolublemente unido a un fin”. De allí que nos sea posible y justificado, en opinión de Villacañas, aseverar que no existe contradicción de fondo entre *El Príncipe* y los *Discursos*.<sup>77</sup>

---

<sup>76</sup> Villacañas, pp. 20-21

<sup>77</sup> *Ibid.*, pp. 22-23

De acuerdo con el citado autor, Maquiavelo concibió la posibilidad de que un *moderator* —en palabras de Viroli, un “savio, bueno e potente ciudadano”—<sup>78</sup> recuperase el orden cívico y derrotase la corrupción. No obstante, percibía las enormes dificultades del proyecto. Por tanto, la tarea tendría probablemente que ser emprendida por un hombre inmoderado, dominado por la pasión, y en sí mismo malo, adecuándose a las circunstancias imperantes y sus impostergables reclamos. La clara conciencia del pensador florentino acerca de las tensiones y obstáculos de este planteamiento, a medio camino entre la pretensión de virtud cívica y las necesidades impuestas por la política práctica, se pone de manifiesto insuperablemente en los *Discursos*, cuando escribe lo siguiente:

“Y como el reconducir una ciudad a una verdadera vida política presupone un hombre bueno, y volverse, por la violencia, príncipe de una ciudad presupone uno malo, sucederá rarísimas veces que un hombre bueno quiera llegar a ser príncipe por malos caminos, aunque su fin sea bueno, o que un hombre malo que se ha convertido en príncipe quiera obrar bien, y le quepa en la cabeza emplear para el bien aquella autoridad que ha conquistado con el mal”.<sup>79</sup>

La cuestión clave de la obra de Maquiavelo reside allí: cómo dar el salto desde el arte (técnica) del Estado al arte de la política, del *vivere politico*, del que aquél es solamente una parte y no exactamente la primordial? El dilema es ineludible, pues “el rasgo antropológico del ser humano que debe conquistar el poder es contradictorio con la finalidad de impulsar la reforma constitucional”.<sup>80</sup>

Era factible la metamorfosis? Los nuevos tiempos exigían la concentración de la virtud en el príncipe, mas sólo su auxilio por parte del humanista —el papel que se atribuía a sí mismo el florentino— produciría el

---

<sup>78</sup> Maurizio Viroli, “Machiavelli and the Republican Idea of Politics”, en Gisela Bock, et. al., eds., **Machiavelli and Republicanism** (Cambridge: Cambridge University Press, 1990), p. 168

<sup>79</sup> Maquiavelo, **Discursos**, p. 86

<sup>80</sup> Villacañas, pp. 24-25

“pacto” entre poder y sabiduría, mando y valores, capaz de orientar la energía del condotiero hacia la empresa constructiva de creación de la *civitas*, del *vivere politico*. En resumen, si bien la violencia está en el origen de la legitimidad, la misma puede tener un buen o mal uso. Como escribió en *El Príncipe*, “se dice bien usada (si puede llamarse bueno a lo que es malo en sí mismo) cuando se emplea de una sola vez por la necesidad de afianzar el poder y después no se repite”<sup>81</sup>; en cambio, mal usada es la que, “no teniendo grande importancia al principio va creciendo en vez de desaparecer”. En otros términos, la violencia encuentra su legitimidad en el contexto de la fundación del Estado o de la *civitas*, “procurando que, en cuanto sea posible, se convierta lo hecho en utilidad del pueblo”.<sup>82</sup> Esta inequívoca toma de posición nos conduce de nuevo al polémico tema de la relación entre ética y política en Maquiavelo.

#### 4

El ámbito donde usualmente se hacen las más aventuradas y simplificadoras afirmaciones en torno a Maquiavelo es sin duda el que se refiere al papel de la moral en su pensamiento político. Resulta tan distorsionado sostener —a la manera de Sabine— que a Maquiavelo “no le interesaba sino un fin, el poder político”<sup>83</sup>, como afirmar —en el caso de Ranaudet— que la ética el florentino “no se preocupa del individuo y su destino: sólo le pide que sirva al Estado”<sup>84</sup>. Ciertamente, Maquiavelo constató una profunda escisión entre las exigencias de la moral “ordinaria”, de raigambre cristiana, y las de la política vista como lucha por el poder. En tal sentido, y desde la perspectiva de esa moral tradicional, la “razón de Estado” maquiaveliana es “amoral”. No obstante, asumida desde su propia lógica —tal y como ésta se desarrolla en su obra— esa

---

<sup>81</sup> Maquiavelo, *El Príncipe*, p. 277

<sup>82</sup> *Ibid.*

<sup>83</sup> Sabine, p. 256

<sup>84</sup> Ranaudet, p. 338



razón política significa “la construcción de una ética combativa”<sup>85</sup>, o, cabe mejor decir, de una “ética práctica” de la experiencia y el interés<sup>86</sup>, preocupada ante todo por las consecuencias de los actos y propia de un tiempo en el que “una comunidad establecida y relativamente pequeña había dejado de poner trabas a la acción humana y por tanto de medir la validez o invalidez de los actos, pero también, por otro lado, donde el individuo tenía que encontrar su terreno de acción moral en una situación en la cual los valores y los intereses se habían vuelto relativos y contradictorios”.<sup>87</sup> Heller describe con brillo el significado de este logro:

“Así como la responsabilidad fue apoyándose cada vez más en las espaldas del individuo a consecuencia de la aparición de una sociedad no comunal, así Maquiavelo afirmó también la necesidad de que el individuo aceptase la responsabilidad de lo bueno y de lo malo, de que la humanidad llegase a su madurez moral, de la *ética del riesgo*. De forma paradójica, Maquiavelo formuló proposiciones que despertaban la conciencia de los hombres ante el carácter aventurado de sus propias acciones y, entre otras cosas, ante el hecho de que a menudo no pueden sino elegir entre un mal mayor y otro menor, y que en casos semejantes no hay dios ni ley que decida por ellos”.<sup>88</sup>

En su empeño por destacar la presencia y relevancia de esa ética maquiaveliana, Heller llega a declarar que el florentino fue realmente un moralista, pues un cínico no reconoce valores, en cambio Maquiavelo sí lo hizo, reconociendo a la vez que la esfera de los valores no es homogénea. Si bien es cierto que recomendaba el fingimiento, el disimulo, y la violencia, como admisibles técnicas en el campo político, alertó a que se tomase conciencia de que se fingía y se usaba la violencia, que esos medios eran malos en sí mismos,

---

<sup>85</sup> García-Pelayo, p. 249

<sup>86</sup> Heller, pp. 26, 326

<sup>87</sup> Ibid.

<sup>88</sup> Ibid., p. 356

que debían exclusivamente utilizarse cuando ello fuese realmente necesario, y que no debíamos engañarnos con la presunción de que hay “manos limpias” en política. Eso, dice Heller “es todo menos cinismo”;<sup>89</sup> opinión con la cual concurre Wolin, para quien la “nueva ciencia” maquiaveliana estaba destinada a proporcionar la base de una nueva ética política, derivada del conocimiento objetivo de la realidad y centrada en la prudencia y la previsión. Dado que el engaño, el fraude y violencia son comúnmente ingredientes de la lucha por el poder, la nueva ciencia no podía efectuar mayor contribución que la de crear “una economía de la violencia, una ciencia de la aplicación controlada de la fuerza”, orientada a proteger el límite que separa la creatividad política de la destrucción.<sup>90</sup> Vale la pena citar *in extenso* lo que al respecto tiene que decir Wolin:

“Al evaluar la economía de violencia de Maquiavelo, es fácil criticarla como producto de la admiración de un técnico por los recursos eficaces. A un siglo como el nuestro, que ha presenciado la eficiencia sin paralelo desplegada por los regímenes totalitarios en el empleo del terror y la coacción, le resulta difícil ser tolerante a este respecto. Sería totalmente erróneo, sin embargo, ver en Maquiavelo el filósofo del himmlerismo; y la razón fundamental de esto no es solo que Maquiavelo consideraba la economía de violencia como medio para reducir la magnitud del sufrimiento en la condición política, sino que advertía con claridad los peligros derivados de confiar su uso a los moralmente obtusos”.<sup>91</sup>

En este orden de ideas, importa precisar la distinción maquiaveliana entre el “dictador” republicano y el tirano: este último es una caricatura, tanto del dictador que el Estado republicano designa en coyunturas críticas como del fundador del Estado, y merece su condena sin equívocos.<sup>92</sup> La dictadura que

---

<sup>89</sup> Ibid., p. 357. Sobre este aspecto, véase, Maquiavelo, **Discursos**, p. 409

<sup>90</sup> Wolin, pp. 234, 239

<sup>91</sup> Ibid., p. 241; 243-246

<sup>92</sup> Véase, Maquiavelo, **Discursos**, pp. 56-63; **El Príncipe**, pp. 275, 285, 421; Aron, p. 71

aprueba Maquiavelo es la “comisarial”, es decir, la institución temporal y limitada creada por la república romana “como un medio peculiar de la Constitución...para preservar la libertad” en medio de graves y apremiantes amenazas.<sup>93</sup>

En síntesis, a la pregunta de Ritter: “Tenía presente (Maquiavelo) alguna imagen ideal de comunidad ética a cuyo servicio quisiese poner el Estado...?”<sup>94</sup>, mi respuesta es afirmativa. Considero que una consideración rigurosa de la vida y la obra del pensador florentino pone de manifiesto su ideal de una comunidad virtuosa, dedicada al *vivere politico*, según el ejemplo de la República romana en sus momentos de esplendor.

## 5

Uno de los más serios reproches que puede razonablemente hacerse a Maquiavelo tiene que ver con lo limitado de su visión sobre los complejos procesos que enrumban la marcha de la historia, con la relativa “pobreza” — según el calificativo de Aron— de la realidad que su obra abarca.<sup>95</sup> Por un lado, el pensador florentino concede escasa relevancia a las cuestiones socioeconómicas, y su enfoque es primordialmente individual, con variable interés en aspectos institucionales. Por otra parte, su excesivamente rígida concepción sobre una naturaleza humana perenne, de hombres “que tienen y tendrán siempre las mismas pasiones”,<sup>96</sup> circunscribe en demasía una condición, la de nosotros los seres humanos, que al fin y al cabo está regida por un incesante proceso de transformaciones caracterizados por la incertidumbre, la apertura al futuro, y lo impredecible. Dicho de otro modo, podemos avanzar — y retroceder— en muchas direcciones; no podemos anticipar y constreñir el

---

<sup>93</sup> Schmitt, p. 37

<sup>94</sup> Ritter, p. 68

<sup>95</sup> Aron, p. 83

<sup>96</sup> Maquiavelo, **Discursos**, pp. 413, 127; **El Príncipe**, pp. 359, 436

ámbito de nuestras posibles necesidades y su cambiante prioridad, excepto en términos estrictamente biológicos y físicos, y no podemos conocer por adelantado lo que nuestros temperamentos y mentes pueden llegar a ser como resultado de nuestros continuos experimentos con nosotros mismos.

Previamente en este estudio hice notar, al considerar un ensayo de Sternberger, que si bien tiene sustento aseverar que en la obra del florentino la noción de lo político se enmarca básicamente en lo que tiene que ver con el *vivere politico*, en contraposición a la tiranía o *potesta assoluta*, llama la atención que a partir de Maquiavelo se haya producido “un cambio de significado fundamental, prácticamente una inversión de sentido” de lo político; hasta el punto que “en la actualidad nos hayamos acostumbrado a concebir como ‘política’ justamente aquel arte de la dominación o de la tiranía y que el autor de esta teoría (Maquiavelo, AR) pueda ser llamado un clásico de la política, el descubridor de la política ‘pura’...”<sup>97</sup> Carece de sentido, a mi manera de ver, atribuir a un determinado autor, llámese Maquiavelo, Hobbes, Rousseau o Marx, el conjunto de las consecuencias que puedan, en un sentido u otro, derivarse de sus planteamientos primigenios; no obstante, pienso que en el caso de Maquiavelo y el “maquiavelismo” posterior —es decir, la radicalización y simplificación de sus fórmulas “técnicas”—, nos hallamos frente a una en no poca medida justificada “inversión de sentido”, generada por el carácter “voluntariamente enigmático y huidizo”<sup>98</sup> del pensamiento del florentino, así como por la notoria distancia que puede percibirse en diversos aspectos de sus dos principales obras, distancia que con facilidad extravía a los lectores sin un cuidado especializado en su análisis.<sup>99</sup>

---

<sup>97</sup> Sternberger, p. 88

<sup>98</sup> Renaudet, p. 329

<sup>99</sup> Interesa en este contexto transcribir el siguiente párrafo de Herbert Butterfield: “Así como la tendencia general del sistema de Maquiavelo consistió en hacernos más consistentes y científicos en nuestra astucia y sagacidad políticas, de igual modo el efecto, y la intención misma, de sus planteamientos sobre la moral fue limpiar el terreno para la aceptación más general del tipo de técnica política que trató de enseñar”; en, **The Statecraft of Machiavelli** (New York & London: Collier Macmillan, 1987), p. 85 Resulta evidente que aún Butterfield, un agudo estudioso del florentino, no reparó en algunas sutilezas de su “huidizo” pensamiento.

Cabe también señalar, como lo hacen Renaudet y Ritter, el aparentemente escaso interés de Maquiavelo por articular con alguna precisión los derechos republicanos de los ciudadanos. Es bastante obvio que el florentino estuvo más ocupado de la fundación de un Estado nacional poderoso que del aseguramiento de los derechos de la gente. En palabras de Renaudet,

“La única diferencia entre su política republicana y su política monárquica estriba en la diferente naturaleza que reviste esta colaboración común en pro de la grandeza y conservación del Estado: en el primer caso los ciudadanos están ligados a esta empresa en virtud de un deber de obediencia personal hacia el soberano; en el segundo, en virtud de un contrato teórico concluido entre iguales”.<sup>100</sup>

Tampoco se hizo Maquiavelo la compleja pero apremiante pregunta acerca de cómo podría constituirse de nuevo la libertad republicana en un Estado tan violentamente restaurado como el que se vislumbra en *El Príncipe*, y hasta en algunas secciones de los *Discursos*.<sup>101</sup>

A lo anterior interesa añadir la certera observación de Villacañas sobre la declarada hostilidad de Maquiavelo al cristianismo, emoción profunda que impidió al florentino comprender la relevancia e influencia de formas culturales impregnadas por la tradición cristiana en la cosmovisión del hombre europeo, y cuyas repercusiones históricas estaban a punto de manifestarse con renovada intensidad. Maquiavelo, el patriota italiano, redujo el cristianismo al Papado, y “no entendió lo que significaba la reforma (protestante, AR) como revitalización y metamorfosis del espíritu cristiano...De esta manera, en la medida en que pensó que el destino de la política tenía que pasar por el abandono del cristianismo, Maquiavelo no estaba en condiciones de entender los procesos de su inmediato

---

<sup>100</sup> Renaudet, p. 331

<sup>101</sup> Ritter, p. 62

futuro”.<sup>102</sup> El ejemplo de Cromwell, entre varios, ilustra con inequívoca claridad lo que Villacañas reprocha al florentino.

Estos cuestionamientos son significativos, y revelan carencias en ocasiones muy obvias de una obra que, sin embargo, representa un hito fundamental en la historia del pensamiento político de Occidente. Es una lástima que la reputación negativa de Maquiavelo haya extendido en tantas oportunidades un manto de simplificación sobre su pensamiento, pero tal situación —como espero haber mostrado— posee rasgos de inevitabilidad, pues se requiere una consideración detallada del legado teórico del florentino para escapar de la imagen unilateral que han labrado el paso del tiempo y el impacto de las polémicas. Ese tipo de consideración pertenece al estrecho ámbito académico, que poco puede hacer contra las percepciones mayoritarias de nuestra cultura de masas.

---

<sup>102</sup> Villacañas, p. 38